

El habitar poético: Heidegger y la espiritualidad de Nelson Tepedino la Arquitectura

En realidad, los edificios que hago tienen cualidades espirituales porque son espacios primitivos en los que el individuo puede desarrollarse independientemente de la estandarización y la homogeneización que rodea a la gente en la sociedad postindustrial (...) Tengo esa ambición: deseo que, sin distracciones, el espacio pueda llegar a potenciar la humanidad de las personas (...) El problema de la modernidad más radical es que celebraba los frutos de la sociedad industrial. Festejaba los logros del hombre olvidando, paradójicamente, al hombre que los había conseguido. La espiritualidad de la arquitectura es la humanidad de los edificios. La capacidad de los inmuebles para responder, acoger y nutrir al ser humano.

Tadao Ando¹

¿Es posible y legítimo interrogar a la arquitectura desde la filosofía? Más aún: ¿nos sirve la filosofía para pensar la arquitectura? No voy a contestar esas preguntas aquí. En primer lugar, porque no me creo facultado para interrogar críticamente a la arquitectura desde la filosofía. No soy arquitecto, ni crítico. Pero la vida me ha llevado a disfrutar mucho de la arquitectura, y casualmente, en estos últimos años me he tenido que ocupar más o menos intensamente de la obra del llamado “segundo Heidegger”. Esos dos hechos casuales e inconexos de mi peripecia biográfica me han llevado, sin quererlo, a vivir y pensar la arquitectura desde los hallazgos que la obra de Heidegger me ha deparado. Reivindicando el valor de los encuentros fortuitos y no planificados – como el de mis lecturas heideggerianas con mi inocente gozo de lo arquitectónico-, me voy a atrever aquí a reflexionar más o menos libremente a partir de dos textos del filósofo alemán que me han parecido muy sugerentes para abordar este tema. Uno, sin duda muy conocido, leído y trabajado por los arquitectos se llama *Bauen Wohnen Denken*² (“Edificar Habitar Pensar”) y constituye uno de los muy escasos escritos en los cuales un filósofo ha tocado temas relacionados con la disciplina y el arte de la arquitectura. El otro texto, que por su título no pareciera estar tan relacionado con la arquitectura, terminó teniendo, para mi sorpresa, una importancia quizás mucho mayor para ella. El ensayo se llama “...dichterisch wohnet der Mensch...”³ (“...el hombre habita poéticamente...”) y es una meditación de Heidegger a partir de un verso de Hölderlin. Obviamente, no voy a hacer aquí un resumen de estos escritos. Tampoco es mi intención agotar su contenido o dar una interpretación exhaustiva de los mismos. Ambos ensayos son de una riqueza inagotable y las posibilidades de su rendimiento y utilidad hermenéuticas son tales que merecen más bien el trabajo de un seminario o de una lectura compartida que pudiese extenderse durante un largo período de tiempo. Por otra parte, la brevedad de los minutos que se nos exige no da para mucho más. De allí que quizás no me quede otro remedio que limitarme estrictamente a presentar alguna de las intuiciones que me fueran sugeridas por la lectura y meditación de esos escritos, de una manera que sonará un poco “dogmática” y que no podrá dar cuenta de la riqueza argumentativa y fenomenológica que las sustenta. Espero por ello la comprensión del auditorio.

En dichos escritos, Heidegger hace justamente aquello por cuya legitimidad preguntaba al iniciar estas líneas: *interrogar*, y no de cualquier manera, sino de forma radical. Así que comienzo asumiendo que sí, que es perfectamente válido para el filósofo el interrogar críticamente la arquitectura desde su particular punto de vista. El preguntar de Heidegger, no obstante, no se dirige directamente a la arquitectura como un arte, una

¹ En Tadao Ando. *Arquitectura y Espíritu*, Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1998, pág. 62.

² HEIDEGGER, Martin: *Bauen Wohnen Denken*, en *Vorträge und Aufsätze*, Stuttgart: Verlag Günther Neske, 1997, págs. 139-156.

³ HEIDEGGER, Martin: “...dichterisch wohnet der Mensch...”, en *Op. cit.*, págs. 181-198.

técnica o una disciplina, con un lugar definido en la academia y con una tarea específica que jugar en la vida real de los hombres. Pero su radicalidad es tal que su pensamiento termina interrogando *oblicuamente* a la arquitectura contemporánea. La oblicuidad de su crítica no viene dada porque toque “al pasar” y “de asomo” a la actividad arquitectónica. Sino porque su planteamiento *excede* el campo de nuestras “gavetas” mentales y se sitúa en la raíz de la que nace la arquitectura. En otras palabras: la interrogación heideggeriana no se dirige a la arquitectura como un objeto claro y definido, sino que trata de ir al *fundamento* metafísico y antropológico que la hace posible. Desde ese lugar, que no es estrictamente “arquitectónico”, pueden pensarse muchas cosas. Una de ellas, de forma privilegiada, es precisamente la arquitectura, que iluminada desde ese lugar radical puede resultar, por un lado, fuertemente criticada y cuestionada en su praxis moderna. Y por el otro, reformulada y replanteada de una manera que pudiera dar lugar a muchos proyectos alternativos de creación. En las próximas líneas me limitaré a mostrar cuál es esa interrogación heideggeriana y cuál es la propuesta y la tarea que se sugiere a partir de ella.

Heidegger no pregunta, cómo quizás lo haríamos nosotros, ¿qué es la arquitectura? Tampoco hace una “crítica” directa a tal o cual escuela contemporánea de arquitectura. Ni siquiera a la arquitectura moderna en cuanto tal. Sin duda lo hará, pero tan sólo después de responder a sus propias interrogaciones, ubicadas en un terreno mucho más originario, que no concibe el diseño y la construcción de edificaciones como una “actividad” más entre otras, como un “objeto” o “parcela” que pueda ser definida “desde afuera”, desde la óptica moderna de un sujeto cerrado sobre sí mismo que, entre otras cosas, “hace” edificios. Heidegger asumirá su preguntar desde la *dimensión* radical que lleva al hombre, inexorablemente, a tener que diseñar y edificar objetos para alojar su vivir. Esa dimensión de lo humano es el *habitar*.

Habitar tampoco es para Heidegger una actividad entre otras. No es algo que el hombre “haga”. No se trata de que el ser humano “exista” y, además, “habe” casas, cuevas o edificios. Habitar es para Heidegger una manera de ser, una de las “formas” básicas que configuran su existir (*existenciar*), según la terminología de *Sein und Zeit*), como también lo son el “ser-para-la-muerte”, la “comprensión”, el “encontrarse”, el lenguaje, etc... El ser humano no “existe” sin más: existe habitando, y es por ello que el hombre edifica, construye casas y espacios destinados a alojar su actividad. Pero lo primario es el habitar, y un habitar sobre la tierra. Aún sin un techo sobre su cabeza, la manera en la cual el hombre vive sobre la tierra es habitándola. De allí que lo que Heidegger pregunte realmente sea *¿qué es el habitar humano?*, llevando la interrogación al plano propiamente filosófico, es decir, al plano de lo que *es*. La búsqueda de una respuesta lo conduce inmediatamente a la actividad humana más estrechamente ligada al habitar, que es, sin duda el *edificar*. Sólo que, dicho lo anterior, no puede concebirse la relación entre el *edificar* y el *habitar* como una relación de medio a fin, sino como una relación de fundamentación: no se trata de que el hombre edifique para *después* habitar, no es que haya “descubierto” que sus especiales habilidades le permitían edificar casas que fuesen mucho mejores que las cuevas, sino porque a su ser le corresponde esencialmente el habitar, el hombre edifica sus moradas. Así, el hombre edifica porque previamente habita, y no habita porque edifique. Heidegger dirá que edificar es, en realidad, una suerte de “modulación” del habitar humano, que este habitar es la particularísima manera en que los hombres *son* sobre a tierra y que se despliega en un edificar doble: por una parte, en la construcción de los objetos en, con y entre los cuales se realiza este habitar (viviendas, edificios de diversa finalidad, y también todas las demás cosas) y, por la otra, en el “cultivo y cuidado”¹ de la tierra y sus frutos, que nunca es algo dado “naturalmente”, sino que siempre necesita ser construido, es decir, realizarse dentro de la forma que le otorga la cultura. Todo esto nos indica que, para saber en qué

¹ La palabra alemana “bauen” indica tanto el construir objetos como el cultivar la tierra.

consiste el habitar, hay que preguntar radicalmente qué es el edificar.

Ahora bien, el corazón del ensayo “...*dichterisch wohnt der Mensch...*” es precisamente una concepción del edificar igualmente nada “cósica”. Tomándole la palabra a Hölderlin, Heidegger dirá que el hombre no habita de cualquier manera, sino de una muy precisa y particular: el hombre habita *poéticamente* sobre la tierra. Como la relación entre habitar y edificar es de pertenencia mutua, y el preguntar por el habitar nos conduce al edificar humano, es natural entonces preguntarse a su vez cuál es la íntima relación entre lo poético y el edificar. Aquí es importante detenerse. Lo poético no tiene nada que ver aquí con las “bellas letras” o las “bellas artes”. Habitar poéticamente no consiste en vivir primero en edificaciones y luego “embellecer”, “dignificar” o “sazonar” la vida con literatura o arte. Lo poético no es un “aditamento” de la existencia, sino también una de las dimensiones esenciales –quizás la más esencial- del hombre. Heidegger tematiza esta esencialidad de lo poético desde diversas perspectivas, en muchos de sus escritos capitales. A grandes rasgos, esa dimensión poética viene del hecho de que el hombre es el único animal que tiene que “hacerse a sí mismo”, que tiene que darse formas de ser a partir de las posibilidades que va creando a lo largo de su historia colectiva y de su vida personal. Poesía viene de una palabra griega que no designa simplemente la actividad de escribir versos o un género literario entre otros: *δῖβçóεδ*, que designa todo acto esencialmente creativo, desde la escritura literaria, hasta la fabricación de objetos. *Δῖβçóεδ* designa también la construcción y la edificación. El hombre habita la tierra poéticamente no porque haga literatura, sino porque tiene que crearse a sí mismo, tiene que darse forma, tiene que crear una cultura que le dé cobijo. Y la creación esencial y originaria no es la confección material de objetos, sino la creación de un sentido para su existencia, la imaginación de lo que en *Sein und Zeit* Heidegger llama la precomprensión del mundo y de sí mismo, el horizonte simbólico desde el cual el hombre se interpreta y bosqueja sus posibilidades de ser y que se encarna en el lenguaje.

En los ensayos que sirven de inspiración a estas líneas, Heidegger trata este aspecto poético de formas diversas, pero de ninguna manera excluyentes. Sus esbozos son profundos y complejos, pero intento tomar tan sólo algunos aspectos importantes, de interés para nuestro objetivo. En el ensayo sobre el verso de Hölderlin, el habitar poético se despliega a partir del hecho de que ese habitar se realiza siempre “sobre la tierra”, lo cual remite a Heidegger en *Bauen Wohnen Denken* a una suerte de “geografía” imaginaria que sería consustancial al hombre: la tierra nos remite a lo que está por encima de ella, el cielo, éste a su vez a lo divino, al Dios que se muestra ocultándose en su infinitud abierta, y éste por su parte nos lleva a los “mortales” que viven de cara a ese misterio divino. Tierra, Cielo, Dios y Mortales: es lo que Heidegger llama la cuaternidad, las coordenadas originarias desde las cuales el hombre crea su vivir. En “...*dichterisch wohnt der Mensch...*” Heidegger se concentra en pensar la esencia del momento poético del hombre a través de la referencia de la tierra al cielo, del hombre a lo divino. La distancia infinita y abierta entre el cielo y la tierra se corresponde a la experiencia original del hombre de vivirse como limitado, enraizado en la tierra, pero proyectado al cielo, a lo infinito y divino. Es por ello que Hölderlin dirá que el hombre, al mirar hacia arriba, se ve compelido a “medirse” con lo divino. El espacio entre el cielo y la tierra, entre Dios y los mortales, es el espacio original que se le concede al hombre para su existir. Pero no es un espacio clausurado, rígidamente determinado. Todo lo contrario: Si Dios es la medida del hombre, quiere decir que este espacio tiene como límite el infinito del misterio de Dios, que como Hölderlin bien dice, no se muestra con toda transparencia. El cielo y todas las cosas bajo él nos muestran a Dios de una forma muy particular: como algo que se oculta, y su mostrarse no consiste en revelarse completamente, sino en hacernos patente el misterio de su ocultamiento. Como dice san Juan de la Cruz, las cosas se nos aparecen como “huellas” de lo divino, que nos dejan un rastro que nos incita a buscar pero que a la vez lo ocultan en su opacidad esencial. Esa apertura al ámbito misterioso de lo divino como límite superior de las posibilidades

humanas lleva al hombre a tener que “tomar una medida”, darse una estatura que le permita otorgarle una forma originaria a ese “entre” que es la apertura entre la tierra que habita y el cielo que lo llama a superarse a sí mismo. Lo poético es precisamente ese acto mensurante, fundacional, que le otorga el patrón primario con el cual darse forma con una dimensión determinada. Puede ser, naturalmente, que el hombre ponga esa medida muy arriba o muy abajo, pero eso no desdice de ese acto esencial. Como ese marco, esos límites creados en el espacio ilimitado entre el cielo y la tierra toman cuerpo en el lenguaje, es comprensible que para Heidegger la poesía como arte de la palabra tenga una cierta preeminencia. Pero no exclusividad, sobre todo si tomamos en cuenta que la primera poesía, la “toma de medida” original es pre-verbal, experiencial, y excede con mucho el campo del lenguaje.

Al tomar esa medida, al otorgarle dimensiones concretas y darle una forma al espacio abierto entre el cielo y la tierra, el hombre está “construyéndose” a sí mismo: es el acto fundacional del edificar y, por lo tanto de su habitar. Cuando aún no construía casas, el hombre tuvo que edificar un cobijo simbólico, cultural, poner un techo imaginario y darle sentido a su existir: no otra cosa es el mundo de los primeros hombres, viviendo en cavernas pero sin embargo dentro de un mundo complejamente organizado, con puntos cardinales habitados por dioses, con inframundos y supramundos, con cosmogonías, relatos del origen y del final, en fin, un mundo de extraordinaria fuerza poética, con una arquitectónica no material sino simbólica, pero no por ello menos real y sólida. Por todo ello, el habitar del hombre es poético.

Nuestro habitar material, aquél que cobra cuerpo a través de la edificación de nuestras viviendas, edificios y objetos culturales y cuyo diseño y creación compete al arquitecto tiene su fundamento en este edificar poético y simbólico: según sea la medida que el hombre tome de sí, según sea el diseño que esboce a partir de su estar-en-el-mundo, cobrará cuerpo su particular ordenación del espacio rural y urbano, adquirirán forma sus templos, viviendas y lugares de trabajo y recreación. Todo lo que edificamos es una suerte de texto a ser leído y que encarna lo que hacemos de nosotros mismos. En *Bauen Wohnen Denken* se muestra, incluso, cómo el espacio originario del hombre no es en realidad el espacio abstracto de las ciencias. El punto de partida para la creación del espacio y los espacios humanos es, precisamente, el acto fundacional de construir edificaciones que generen lugares, y sólo a partir de la concreción material de esos lugares edificados surgen espacios reales, mensurables. Construir no es llenar un espacio abstracto que estaba allí antes del hombre. Antes del hombre no hay espacio ni espacios: estos se manifiestan con el acto creador del edificar humano, que genera así direcciones y puntos de referencia que hacen posible a todo arquitecto el crear espacios nuevos, vehiculadores de sentido.

A estas alturas algunos de ustedes podrían estar barruntando cuál es la interrogación que Heidegger le hace a nuestro habitar contemporáneo y, con él, a nuestra arquitectura. La pregunta es si, en efecto, seguimos habitando poéticamente la tierra. Porque, si bien desde el punto de vista estrictamente formal y fenomenológico esa dimensión creativa, mensurante, corresponde a todo edificar, puede ser que el hombre contemporáneo esté tomando una medida muy mezquina de sí mismo y esté haciendo mala poesía. Heidegger no se queda simplemente en la mera interrogación, sino que nos deja algunas pistas para nuestra reflexión. En *Bauen Wohnen Denken* dibujará a grandes rasgos lo que él considera el “habitar auténtico” del hombre: un habitar que ponga al hombre frente a la tierra y lo remita al cielo, que lo lleve ante el misterio de lo divino y ante el destino común que comparte con sus congéneres. En otras palabras, un habitar que no consiste en la dominación técnica y prometéica de la tierra, sino que posibilite una actitud de escucha y receptividad de la “cuaternidad” originaria de su experiencia: proteger la tierra, acoger el cielo, esperar el advenimiento de lo divino y propiciar que acontezca el encuentro entre los hombres. Esta visión se inscribe con claridad dentro de la perspectiva del llamado “segundo Heidegger”, que intenta recuperar una experiencia originaria del Ser para el hombre no ya a partir de la dominación técnica de la naturaleza sino a partir

de la “escucha del Ser”, de una actitud y opción fundamentales de signo opuesto a los que hasta ahora han regido el proyecto del Occidente y su modernidad. ¿Es posible repensar la arquitectura desde estas coordenadas? ¿Es posible un edificar que retome lo divino como medida y vehicule de nuevo para el hombre la experiencia del misterio insondable que lo habita? Esa es la interrogación que hace Heidegger a la cultura contemporánea y, dentro de ella, a la arquitectura, que tiene en sus manos la responsabilidad de crear el espacio que cobija y da cuerpo al sentido de nuestra existencia. La pregunta que Heidegger les dirige, pues, es la pregunta acerca de la posibilidad de arquitecturas que nos pongan a la escucha, que nos religuen a la tierra, nos abran al cielo y nos lleven al encuentro gozoso con los demás hombres. Una interrogación crítica cuyo núcleo es, entonces, la búsqueda de una *espiritualidad* en la arquitectura, tal como lo expresa el breve texto de Tadeo Ando que cito al inicio de estas páginas. O como dijo hace unas pocas semanas el arquitecto suizo Peter Zumthor, en una entrevista concedida al semanario alemán *Die Zeit*: “Yo creo en los valores espirituales en el arte y yo mismo he experimentado que las obras de arte pueden promover la trascendencia. Nos dejan entrever que estamos profundamente insertos en algo más grande que no podemos comprender. A mí me fascina eso no-racional, lo espiritual, que aparece en su mejor expresión en el romanticismo alemán, con Novalis o Caspar David Friedrich”. Respondiendo al entrevistador si Heidegger podría sumarse a tan insignes nombres, Zumthor agrega: “Cuando leo sus textos, en los cuales sus conceptos dan volteretas, llego a percibir aquello que él estaba buscando: su nostalgia por lo originario, por el estar cobijado y protegido, por el habitar una morada acogedora. Eso puedo entenderlo perfectamente”.¹

¹ *Schutzbauten des Widerstands. Entrevista a Peter Zumthor por Hanno Rauterberg, publicada en Die Zeit, Nr. 45, 31 de octubre de 2001, pág. 47. Traducción mía.*

